

La zona de sombra

Luis Suñén

Para Juan Benet la obligación del narrador es –cuesta trabajo decir que era– iluminar lo sombrío, entretenimiento y zozobra de un ejercicio de conocimiento. Nada más obvio y, por evidente, a menudo olvidado cuando se le nombra o se glosa su obra con la paradoja de adjudicarle una a veces casi insalvable oscuridad. Una oscuridad que, en ocasiones, se atribuía a la del mundo brumoso en el que se desarrollaban sus argumentos y otras, al modo como ponía en pie unas construcciones de apariencia cerrada cuyo acceso cuidaba el mismo personaje que las cumbres de Región. Repasando sus escritos teóricos sobre literatura se observa a las primeras de cambio que Benet considera, ante todo, la fuente tradicional que marca el inicio de la necesidad –llamemos a las cosas por su nombre– de la escritura: la inspiración. Una intención creadora que nace del deseo de escribir pero que sólo se desarrolla merced a la capacidad –que él llega a llamar alguna vez erudición– de hacerlo con el arsenal necesario para resolver los problemas que la correcta expresión de lo que se piensa planteará sucesivamente a quien se empeñe en ello. La inspiración es una luz que se proyecta sobre el campo oscuro del asunto, la realidad, y sólo le es dada verdaderamente al escritor cuando éste posee un estilo. Lo demás son las buenas intenciones, el anhelo del corazón o la fuerza de la sangre. Sólo la relación entre intención y capacidad resuelve en obra de arte lo que pudo empezar, por ejemplo, siendo un desahogo, ese deseo por conocer o por sentir un extraño consuelo, que no siempre debe terminar por hacerse público. La diferencia entre una aventura y una novela es la misma que existiría entre hallar, pongo por caso, las fuentes del Nilo y encontrarse con el horror, sólo así una palabra puede cambiar la pura y diáfana esencia de una vida.

Para Benet la literatura era el misterio. Curiosamente, esa intención hacia lo misterioso la alejaba de la ciencia, precisamente en el mismo punto en que ambas se acercan. Lo que ocurre, dice, es que para la ciencia lo importante es el conocimiento y para la literatura, el objeto de conocimiento. Sin embargo, diríamos nosotros, la literatura se sirve de un modo de conocimiento que la acerca al objeto. La diferencia estará, en definitiva, en que mientras la ciencia fija su objeto, lo rodea, le cierra la salida, la literatura

lo agranda, descubre sus zonas ocultas, subraya con su luz la evidencia de sus sombras. Al contrario de lo dicho recientemente acerca de la utilidad de la literatura –de los libros–, ésta no ofrece seguridad –ahí deja de serlo para acercarse a la pedagogía, a las lecciones que toda alma en formación pide a cada instante–, sino que provoca a su contraria. La literatura, cuando forma parte de nuestra vida, no otorga, ni más ni menos, sino la posibilidad de ayudarnos a convivir con la duda, no a negar ésta o a sustituirla por la certeza. De ahí su misterio, de ahí su eternidad. El discurso literario –dice Benet– sólo puede desarrollarse en el espacio abierto entre una afirmación y su correspondiente negación. Incluso recuerda que el estudio de la novela no es sólo la organización de una taxonomía sino el análisis de un ámbito compuesto por lo que existe y por lo que pudiera existir, no tanto por el territorio que la escritura ha hollado sino por lo que le queda aún y siempre por indagar. Y es que la novela es insuficiente por definición, a pesar de contener en sí tantos rasgos de aquello que la escritura hace posible. Citando a Faulkner: «Como la luz de un fósforo, no despeja las tinieblas, sino tan sólo muestra su horror». Como la casa de Región, «casi vencida por la ruina» –que no es otra sino el exceso de luz–, la literatura necesita a cada momento volver a plantear la pertinencia de su existir en sombras.

No es esta, por desgracia –o por suerte, pues así el bosque deja su espacio a los árboles más altos– la actitud habitual en lo que nos rodea. Y no lo es por la simple y bien clara razón de que lo difícil es asumir el riesgo de la radicalidad desde la certeza de lo oscuro sin que esto deje de serlo para convertirse en un exudado de la sociología barata. En tal sentido Benet fue, además, de una honradez extrañísima entre nosotros, pues lejos de apelar a esa suerte de cuestionable certeza que consiste en la autoproclamación de la superioridad de uno sin mayor razón que el pretendido olvido por parte de los otros, se limitó a escribir con arreglo a su propio convencimiento. No hay en ninguno de sus escritos críticos –que pertenecen además al narrador que mejor ha sabido entre nosotros ordenar su pensamiento teórico– ni un solo exordio en el que trate de echar la culpa de nada al empedrado. Y, curiosamente, se trata de textos de una claridad bien diáfana, que nunca revelan desdén –su desinterés por la literatura española puede ser discutible pero nunca ser acusado de desdeñoso– sino que muestran lo inevitable de las afinidades electivas por no decir lo evitable de las malas compañías. Es curioso cómo releendo los textos de Benet dedicados a la literatura se ve a las claras al escritor comprometido en plenitud con su obra y sus caracteres. Cómo la dificultad nunca es gratuita sino obedece al rigor de un planteamiento formal que, eso sí, resultaba prácticamente inédito entre

nosotros. Sólo Valle-Inclán en la primera mitad del siglo extrema de tal modo la exigencia y en muchas ocasiones para mostrar lo mismo que Benet: la ruina. No juguemos al fácil ejercicio de las adivinanzas, de las transposiciones, pero sí mirémonos en la geografía regionata con la misma desconfianza activa con que lo hemos hecho en los espejos del Callejón del Gato.

Recordemos que para llegar a Región hay que atravesar «un elevado desierto» y que el viajero «un momento u otro conocerá el desaliento al sentir que cada paso hacia adelante no hace sino alejarlo un poco más de aquellas desconocidas montañas. Y un día tendrá que abandonar el propósito y demorar aquella remota decisión de escalar su cima más alta...o bien –tranquilo, sin desesperación, invadido de una suerte de indiferencia que no deja lugar a los reproches– dejará transcurrir su último atardecer, tumbado en la arena de cara al crepúsculo, contemplando cómo en el cielo desnudo esos hermosos, extraños y negros pájaros que han de acabar con él, evolucionan en altos círculos». Quien aquello escribiera dijo también en otro lugar que ese mismo hombre –él, nosotros que hemos querido acompañarle– tal vez decida abandonar el camino de lo evidente para aventurarse en la dirección opuesta a la del saber. Una dirección –la de la literatura asumida con todas las garantías del fracaso como única luz a lo lejos– trazada por «la incertidumbre, la memoria, la fatalidad y el temor».

Benet organiza su intención de iluminar la zona de sombra con las armas del estilo, paso sin el que la inspiración no sale de su estado de pura declaración de intenciones más o menos ilusionadas. Y el estilo cubre todo, desde la mera situación de los hechos hasta el modo como éstos se producen, empezando por dar a las cosas su verdadero nombre aunque éste no importe. Las dos primeras páginas de *Saúl ante Samuel*, o el comienzo de *La otra casa de Mazón* o la declaración de intenciones de *La inspiración y el estilo* –¿habéis observado los arranques de los libros de Benet, cómo está en ellos su universo físico, su talante moral, los rasgos de su escritura?– resumen en ese punto todo el universo de su autor con la admirable maestría de quien sabe que su dirección habrá de ser la misma siempre, como la mirada de Matthew Arnold contemplando las playas de Dover en el poema que el propio Benet tradujera hace diecisiete años: «En un llano a oscuras nos hallamos, entre confusos ecos de luchas y vuelos, donde ignorantes huestes combaten en la noche».

1988-91 2. 2
No. 1. Año. Agosto 2000

Céltiga

REVISTA GALLEGA



P
O. PEREIRO
TEXA, FELIPE
PARELLO